

## LA FORMACION DE CLASES A NIVEL MUNDIAL

Teóricos del sistema mundial, tales como Immanuel Wallerstein, A.G. Frank y Samir Amin, identifican a la economía mundial como la estructura relevante en la que se localizan las relaciones sociales que definen el capitalismo a nivel global (Bergesen, 1982). Por otro lado, los críticos de esta posición (véase Brenner, 1977) han identificado correctamente elementos de poder y coerción como aspectos importantes y determinantes de la vida económica, e insisten con toda razón en que estos elementos deben de ser centrales en cualquier concepción de un modo de producción. Sin embargo, al fundamentar su tesis, los investigadores que rechazan la visión del capitalismo como una división mundial del trabajo centran su atención únicamente en las relaciones sociales de producción (relaciones de clase) en el interior de los estados, limitándose a la histórica relación: capital-salario-fuerza de trabajo. Esto puede ser válido hasta cierto punto, pero limita el alcance de sus análisis de las formaciones sociales al ámbito nacional, impidiéndoles lograr una comprensión teórica profunda de la economía mundial capitalista como una formación social singular. Por su parte, los teóricos del sistema mundial comprenden la economía mundial como un todo, y señalan la existencia de una red global de intercambios desiguales en la que se perfila una clara división centro-periferia del trabajo entre países desarrollados y subdesarrollados.

La palabra «mundo» es fundamental aquí, pues pone en evidencia el diálogo de sordos que se ha entablado. Una parte habla de «relaciones de clase» en el interior de los países (Brenner y otros) y la otra se refiere a las «relaciones de intercambio» entre países (Wallerstein, Frank, Amin). Desde el punto de vista abstracto, no es apropiado el contrastar clases con intercambios, porque se refieren a ámbitos distintos: lo nacional frente a lo mundial. Cuando los críticos del enfoque mundialista hablan del capitalismo, hacen referencia a un modo de producción social o nacional definido por sus relaciones de producción. Cuando los defensores de dicho enfoque hablan de capitalismo se están refiriendo a un modo de producción global definido por una división mundial del trabajo en zonas centrales y periféricas.

Los críticos señalan que, teóricamente, los modos de producción se definen por sus relaciones de producción -- sus relaciones de clase -- y que si uno se refiere a un modo de producción como el capitalismo, por ejemplo cuando se habla de la economía mundial «capitalista», será mejor que se hable de sus relaciones de producción. Pero en el mundo no parecen existir relaciones de clase a esa escala. Lo que sí existe es el comercio y el intercambio entre sus zonas centrales y periféricas, lo que convierte a esta relación en una característica apa-

rentemente determinante de la economía mundial capitalista, y por lo tanto de dicho modo de producción, si es que en realidad es un modo global de producción. Justamente esta idea constituye el problema central. En efecto, si vamos a llamar a la economía mundial un modo singular de producción, y además «capitalista» como quiere Wallerstein, pueden surgir problemas. Porque hablar de un «modo de producción\*» y de «capitalismo\*» es hablar de relaciones de clase, y simplemente no hay nada de esto a nivel mundial, o por lo menos así parece.

Esta discusión en torno a las relaciones internas de producción y las relaciones externas de intercambio ha llegado a un punto de estancamiento (Bergesen, 1983). Mientras unos insisten en la primacía del análisis de las relaciones de clase dentro de los países, otros lo hacen en el análisis de las relaciones de intercambio entre países. Ninguno, sin embargo, reconoce ni admite lo que el otro ha llegado a comprender. Me gustaría proponer aquí, como posible solución a este impasse intelectual, una combinación de lo mejor de ambas posiciones. La atención deberá centrarse en el mundo como un todo, pero tomando como base las relaciones mundiales de producción, esto es, sobre relaciones de clase netamente mundiales, y no sobre la división mundial del trabajo o sobre las relaciones nacionales de clase.

### La formación de clases a nivel mundial.

Necesitamos reconceptualizar la idea de clase social, creando la idea de clases sociales a nivel mundial. El concepto de clase ha sido utilizado para comprender la relación capital/fuerza de trabajo en el interior de un país, y el modo en que esta relación ha evolucionado a través de la historia; sin embargo, también se puede utilizar para comprender el problema de la propiedad y el control de los medios de producción mundiales. Aquí está el punto central: cuando preguntamos quién posee los medios de producción, debemos también preguntarnos «quiénes» son realmente estos dueños. Esto puede parecer obvio, pero no lo es. Desde Marx, se ha hablado mucho de formaciones sociales y de modos de producción. Esto está bien si se aplica al análisis de una sociedad particular, nacional o regional, pero no para el análisis del mundo como un todo. Si nos preguntamos quién posee los medios de producción mundiales, nos enfrentamos a un caso completamente distinto. Para la opinión de la mayoría, la relación global y social más importante desde el siglo XVI ha sido la relación colonial entre centro y periferia, donde el centro es propietario y controla a la periferia y su producción. Dicho crudamente, cuando uno posee una colonia, uno posee sus medios de produc-

## LA FORMACION DE CLASES A NIVEL MUNDIAL

24

ción, convirtiéndose la relación colonial en una relación de clase a nivel mundial.

El colonialismo transformó los modos autóctonos de producción en África, Asia y América, convirtiéndolos en ranchos ganaderos, minas de plata y haciendas, iniciándose así la infraestructura que hoy llamamos subdesarrollo. La relación colonial afectó a la gran mayoría de la población mundial durante casi toda la historia del sistema mundial moderno, convirtiéndose en la relación social y mundial por excelencia. Esta propiedad de los medios de producción mundiales convierte al colonialismo en la relación global de producción que define más que ninguna el modo global de producción, manifestándose como la economía mundial moderna.

Podemos también hablar de instituciones internacionales o transnacionales, o de regímenes (como se denominan en las Ciencias Políticas), que facilitan la producción en el mundo. Me estoy refiriendo aquí a instituciones como el comercio mundial, o las finanzas, y a las firmas transnacionales de comercio y producción, desde la compañía Hudson Bay y la East India hasta las multinacionales de nuestros días. Estos, si los queremos llamar así: «medios de producción mundiales\*» pertenecen y son controlados por los países desarrollados que constituyen el «centro» del sistema mundial. Desde este punto de vista, la interrogante sobre la propiedad de los medios de producción mundiales es razonable. En términos del control que han ejercido los países ricos sobre los países en desarrollo, a través del colonialismo en la historia, y en términos del control que ejercen hoy sobre el comercio y la banca mundial, podemos decir que los países desarrollados (países centro) poseen y controlan los medios de producción mundiales y por lo tanto se hallan en una relación de clase con el resto de la periferia en desarrollo.

Esta idea de concebir la relación colonial entre centro y periferia como una relación de clase a nivel mundial, resulta atractiva, pero es necesario subrayar las ventajas de tal formulación. En lo que resta del presente artículo trataré de esbozar un análisis de clase a nivel mundial, relativo a las relaciones de trabajo en Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón. Primero identificaré algunas diferencias rudimentarias entre sus relaciones laborales y luego intentaré explicarlas a través de las diferentes posiciones históricas de estos países en el contexto más amplio de la estructura de clases a nivel mundial.

Explicación de la relativa armonía entre capital y fuerza de trabajo

Mi tesis central es que las relaciones de clase que se dan

en el interior de los países son principalmente el resultado de los cambios históricos que se van produciendo en la formación más amplia de la estructura de clase a escala mundial. Dicho en otras palabras, el punto teórico más importante aquí es que la estructura de clase a nivel mundial constituye la variable independiente que determina la estructura de clase de las sociedades nacionales.

Si situáramos a los tres países mencionados en una escala antagónica de clases, Gran Bretaña tendría posiblemente el más alto grado de antagonismo en sus relaciones industriales, seguido por los Estados Unidos y en último término Japón. En Gran Bretaña la clase trabajadora tiene gran representatividad a través de un partido laborista fuertemente desarrollado, existiendo una larga y dura historia de huelgas tanto oficiales como espontáneas, que reflejan la militancia de la clase trabajadora, de modo que ésta aparece en Gran Bretaña como consciente de sus propios intereses de clase y abiertamente enfrentada al capital. Parece ser que también existe un mayor y más generalizado sentido de identidad social y de privilegio de clase en Gran Bretaña que, por ejemplo, en los Estados Unidos.

Sigue, pues, en la escala los Estados Unidos que no poseen un partido laborista explícito, ni un movimiento de izquierda serio, como lo vienen señalando todos los autores desde Sombart hasta S. M. Lipset. En los Estados Unidos parece existir una suerte de pacto, una connivencia, entre fuerza de trabajo y capital, reflejado en la ausencia de huelgas importantes (particularmente después de 1945) y en la voluntad de negociación. Esta confabulación entre «gran trabajo\*» y «gran empresa» ha sido comentada antes. Desde el punto de vista cultural, parece también existir una menor conciencia de clase que en Gran Bretaña, en la medida en que la gente se considera más como parte de la nación, como «Americans», o, con menos claridad, como «de clase media\*». Inclusive cuando la clase trabajadora se moviliza, la identidad colectiva que surge no toma formas claras, presentándose como «hard hats» (peones), «blue-collar» (trabajadores industriales) o «middle America»; es como si existiera una aversión real a la utilización de imágenes explícitas de clase dentro de la psicología de la clase trabajadora americana.

Pues bien, si Estados Unidos parece tener unas relaciones laborales menos conflictivas que Gran Bretaña, en el Japón éstas son aún más tranquilas. El movimiento obrero japonés es con frecuencia llamado «dócil», y la ausencia de huelgas importantes sumada a la hegemonía política del partido gobernante apunta a la inexistencia de una lucha de clases políticamente institucionalizada (como la que sí está presente en Gran Bretaña). Destaca, por el contrario, el espíritu de cooperación

que caracteriza las relaciones laborales en Japón, opuesto a la cultura de negociación presente en Gran Bretaña y, aunque en menor grado, en Estados Unidos. En Gran Bretaña se parte del supuesto de que el capital y la fuerza del trabajo tienen intereses opuestos que sólo pueden ser resueltos a través de huelgas, manifestaciones, negociaciones y la amortiguada lucha de clases que caracteriza la política electoral. Esto, como se observa siempre al tratar de explicar el milagro económico japonés, está en claro contraste con el espíritu de cooperación, de conciliación y la tendencia a evitar enfrentamientos que caracteriza las relaciones laborales en Japón.

Con frecuencia se intenta achacar la cooperatividad de las relaciones laborales en Japón al espíritu gregario de la cultura japonesa, pero esto es engañoso. No se trata simplemente de poner mayor énfasis en las relaciones estructurales de la economía japonesa frente a las culturales, sino que al destacar lo que es único de Japón, impedimos el desarrollo de teorías que expliquen el devenir de las sociedades nacionales como consecuencia de unas transformaciones estructurales mucho más amplias dentro de la economía mundial vista como un todo. Estados Unidos ciertamente tiene una cultura distinta a la de Gran Bretaña y, como no se para de insistir, a la de Japón. Pero al centrar nuestra atención en estas diferencias particulares entre las formaciones socio-culturales nacionales, perdemos de vista la serie de relaciones globales comunes que rodean a estos países y configuran sus relaciones de trabajo.

Existe, entonces, una escala de diferencias graduales entre las relaciones industriales de estos tres países. La siguiente pregunta es el porqué, y particularmente el porqué bajo la óptica de la estructura de clases a nivel mundial. Inmediatamente acuden a la mente varias posibles explicaciones. En primer lugar podríamos sostener que Gran Bretaña, al ser el más antiguo país industrial, ha tenido más tiempo que Estados Unidos o Japón para desarrollar un movimiento laboral militante. También cabría relacionar los antagonismos de clase en Gran Bretaña con el movimiento descendente de su economía dentro del sistema mundial, entablándose una lucha constante para repartir un pastel cada vez más pequeño. A la inversa, Japón está en ascenso y Estados Unidos aún goza de los frutos de una hegemonía productiva, si bien éstos se desvanecen por momentos. Desde el planteamiento del «movimiento descendente», sería lógico esperar un aumento en el antagonismo de clases en los Estados Unidos a medida que prosiga la erosión de su hegemonía económica. Si bien todos estos argumentos tienen un cierto grado de credibilidad, permítame sugerirles otra explicación que busca los orígenes de las diferencias nacionales de las relaciones laborales en las transformaciones históri-

cas más amplias de la estructura de clases mundial.

El capital y la fuerza de trabajo nacionales: un interés unificado en la estructura clasista mundial

Quisiera avanzar la hipótesis de que el paso de un mayor a un menor grado de antagonismo de clase refleja la tendencia histórica del capital y la fuerza de trabajo a unificarse para formar un frente común dentro de la estructura clasista mundial. Pero, ¿qué es lo que lleva al capital y a la fuerza de trabajo de un país determinado a tener un interés común?. La respuesta radica en que ambos ocupan la misma posición estructural dentro de la estructura clasista global más amplia, la cual a su vez ha ido cambiando con el tiempo. Tenemos aquí dos movimientos históricos: la formación de una estructura de clases a nivel mundial y la fusión resultante de los intereses del capital y la fuerza de trabajo en el interior de las formaciones nacionales a medida que la estructura global se desarrolla. En este proceso las relaciones mundiales determinan las relaciones sociales. La progresiva implantación del sistema mundial hizo que las relaciones entre los estados primasen sobre las relaciones entre las clases de un estado, de modo que aquellos estados que lograron alcanzar antes el desarrollo industrial no sintieron la presión del emergente sistema de clases mundial que les obligara a actuar bajo un único y común interés, lo que a su vez permitió al capital y a la fuerza de trabajo nacionales autóctonos estar en una oposición más explícita.

Por ejemplo, Gran Bretaña alcanzó la hegemonía económica primero, a mediados del siglo XIX, cuando la estructura mundial no estaba totalmente formada, de modo que su capital y fuerza de trabajo tenían menos en común que los de Estados Unidos o Japón, cuyas relaciones de clase a nivel nacional fueron sucesivamente moldeadas por la estructura de clases mundial en desarrollo. En Gran Bretaña, el capital y la fuerza de trabajo están en oposición más abierta y por lo tanto la hostilidad y el conflicto entre ellos es mayor, hay más huelgas y existe un partido laborista más fuerte. Sigue Estados Unidos, cuya hegemonía industrial afloró a mediados del siglo XX; al encontrarse más desarrolladas las relaciones de clase a nivel mundial, el capital y la fuerza de trabajo nacionales se constituyeron como fuerzas menos antagónicas que en Gran Bretaña. En efecto, la progresiva cristalización del sistema mundial hace que el capital y la fuerza de trabajo nacionales tengan cada vez más puntos en común, disipando o sofocando lo que sería un antagonismo natural entre ellos. Finalmente tenemos el caso de Japón, que parece evolucionar hacia una posible hegemonía a fines del siglo XX o comienzos del XXI. En

## LA FORMACION DE CLASES A NIVEL MUNDIAL

26

este caso, la consolidación del sistema mundial lleva a que el capital y la fuerza de trabajo tengan aún más en común frente a la periferia en desarrollo. Todo el concepto encerrado en la expresión «Japan Inc.» («Japón S.A.») sugiere que este país actúa no sólo como una empresa única, sino como un interés material singular frente a otras partes del mundo. Existe menos malestar laboral, porque la verdadera lucha radica entre Japón como un todo y las otras regiones del mundo y no entre grupos sociales en el interior de Japón. Obviamente, aún existen diferencias y conflictos entre el capital y la fuerza de trabajo en dicho país, pero lo importante es que estas diferencias son menos acentuadas que en Estados Unidos y, al parecer, todavía menos pronunciadas que en Gran Bretaña.

Las diferencias entre los niveles de lucha sindical y antagonismo de clase en Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón están ligadas al momento en que estos países lograron la hegemonía dentro de la economía mundial capitalista. En dicho momento, se produjo una cristalización particular de las fuerzas sociales y políticas, junto con ciertas alianzas de clase, acuerdos políticos y una legitimación ideológica específica de todo el conjunto. El resultado es algo así como lo que Poulantzas denominó «power block» («el bloque de poder»). Lo importante es que el proceso formativo de las clases mundiales determina la configuración del «power block» y con él la estructura nacional de clases. El estadio temprano de la formación del sistema mundial de clases que rodeó el surgimiento de la hegemonía británica fue la causa de que la cristalización de los factores políticos, ideológicos y sociales llevara a un antagonismo profundo del capital y de la fuerza de trabajo que ha persistido hasta nuestros días. La estructura social que se implantó fue, a pesar de los cambios ocasionados por el paso del tiempo, la misma que persiste básicamente hoy en día. A pesar de las presiones unificadoras que resultan de la posición actual de Gran Bretaña en el sistema mundial contemporáneo, dicha configuración sigue reflejando el período en que se formó. Debido al estado embrionario de las relaciones centro-periferia que se daban entonces entre países desarrollados y subdesarrollados, el capital y la fuerza de trabajo en Gran Bretaña tenían menos intereses comunes, lo que hizo que aflorara su antagonismo natural, determinando unas relaciones laborales más conflictivas que las de Estados Unidos o Japón.

Por orden histórico, tenemos a continuación el surgimiento de los Estados Unidos, iniciado en la segunda mitad del siglo XIX. La relación centro-periferia ya se encontraba más desarrollada, lo que implicaba una unión más estrecha entre el capital y la fuerza de trabajo, y por lo tanto unas relaciones de clase menos antagónicas que en Gran Bretaña. Japón fue el

último en surgir, por lo que su capital y fuerza de trabajo comparten un mayor interés mundial común. La conocida connivencia de trabajo, capital y estado, encerrada en la imagen «Japan Inc.», nos sugiere que Japón se ha consolidado como un interés unificado frente a los demás países en mayor grado que lo que sucediera en Gran Bretaña o Estados Unidos. Por ello presenta menos conflictos en sus relaciones laborales internas. Nuevamente aparece la tesis principal de nuestro trabajo: el desarrollo y la profundización de las relaciones centro-periferia en la economía mundial determina en los distintos países una serie de intereses comunes, de tal modo que las diferencias internas de las formaciones sociales son **reemplazadas** cada vez más por posiciones e intereses idénticos dentro de una más amplia formación a nivel mundial. Aquellos países que destacaron temprano, cuando la presión externa era menor, muestran ahora mayores diferencias a nivel interno, como es el caso de Gran Bretaña. Aquellos que surgieron después como Japón tuvieron que enfrentarse a mayores presiones externas venidas de un sistema mundial más desarrollado, y por lo tanto presentan un interés nacional común y menor antagonismo entre el capital y la fuerza de trabajo. Finalmente, Estados Unidos se ubica en una posición intermedia, con relaciones laborales más conflictivas que Japón pero menores que las británicas, debido a que las relaciones internacionales del sistema mundial que lo rodeaba eran más sólidas que las que existían en el momento histórico del surgimiento de Gran Bretaña, pero a su vez menos sólidas que durante el surgimiento industrial del Japón.